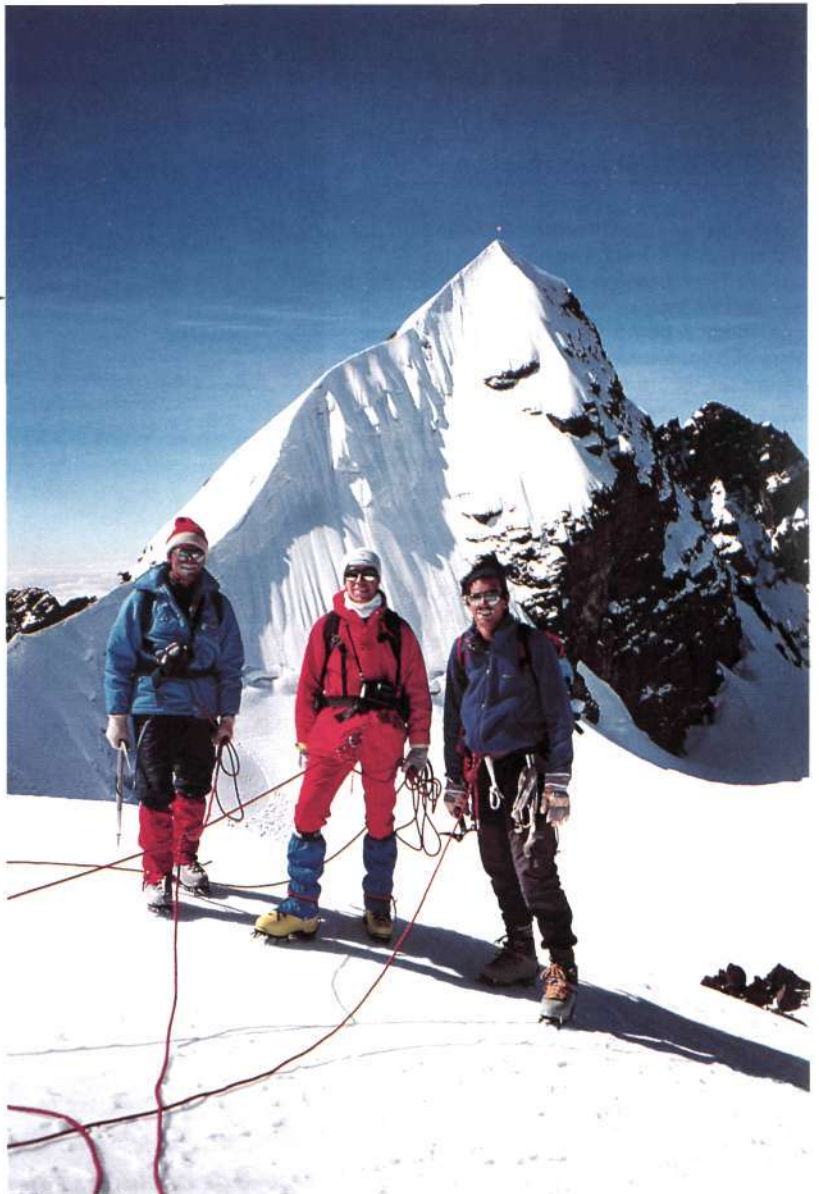


PRACTICAR el montañismo en las regiones deprimidas del planeta remueve los sentimientos más profundos, pues obliga a constatar una cruda realidad: nuestra prosperidad se cimenta en su miseria. Siendo asalariados, un puñado de dólares nos convierte en acaudalados, disponiendo de siervos para satisfacer la vanidad de dominar las altas cumbres.



BOLIVIA Por los dominios del cóndor

LUIS ALEJOS

Al pie del Pequeño Alpamayo.



Alpamayo Chico
(desde el Pico Ilusión).

AL concluir el vuelo de más de 10.000 km. sobre el Océano Atlántico y el continente sudamericano, desde el propio aeropuerto situado en el altiplano, dominamos ya algunas de las más prestigiosas

montañas de la Cordillera Real de los Andes bolivianos. Tan rauda aproximación tiene notables ventajas y algunos inconvenientes. No tendremos que efectuar una larga marcha de acercamiento, pero aterrizar a 4.100

metros de altitud altera el organismo.

Es un alivio descender a La Paz, que se extiende por las laderas de una quebrada de 800 metros de desnivel, habitada por dos millones de personas. Sin aclimatación previa una base situada a 3.600 metros, altura media del centro urbano, exige tomar precauciones. La ciudad es tremendamente ruidosa, resultando difícil encontrar en ella algún atractivo; aun así, debemos resistir la llamada del omnipresente Illimani, hasta ser capaces de circular por las empinadas calles sin jadear.

Chacaltaya, inicio de la aclimatación

Tras visitar el yacimiento arqueológico de Tiwanaku y el lago Titicaca, puestos a dar los primeros pasos por la montaña, conviene dedicar una jornada a la pista de esquí considerada como la más alta del mundo. Para ello volveremos a El Alto (4.100), realizando un recorrido de 20 km. por carretera sin asfaltar hasta el acceso a las cumbres. En este punto, situado aproximadamente a la altura del Mont Blanc (4.800), podemos abandonar el vehículo recorriendo a pie los 6 km. de sinuoso trazado que restan para alcanzar el aparcamiento del refugio perteneciente al Club Andino Boliviano (5.200).

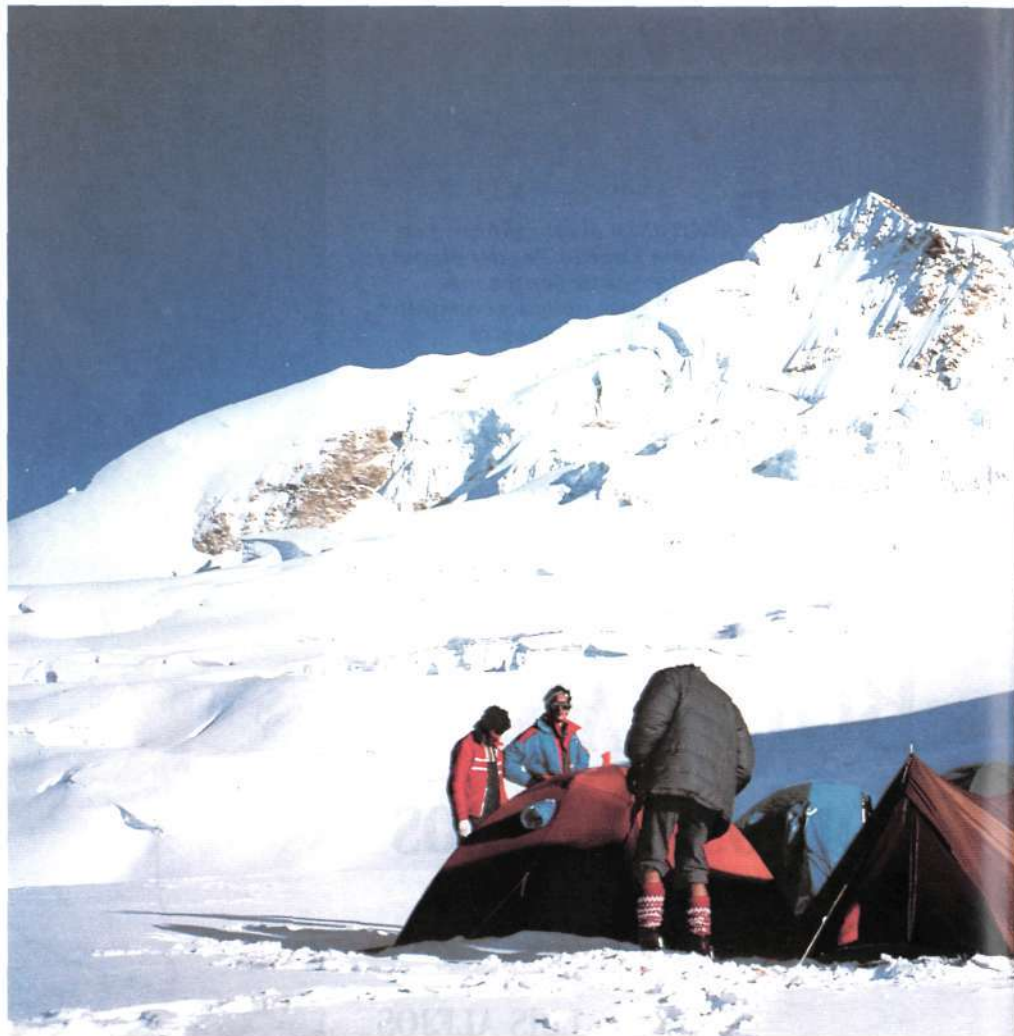
La pista de esquí de Chacaltaya se encuentra en un pequeño glaciar, tiene unos 100 metros de desnivel y dispone de un rudimentario arrastre. Varias cotas de unos 5.300 metros ofrecen excelentes vistas sobre La Paz, el altiplano y cumbres circundantes: Illimani, Mururata, Tiquimani y, sobre todo, la ruta habitual del contiguo Huayna Potosí.

Macizo de Condoriri, comienzo de las ascensiones

La niña agradece la taza de leche con una sonrisa. A ella le alegra el estómago; a nosotros el corazón.

Es un sector poco visitado por montañeros vascos y del resto del Estado. La variedad de cumbres, tanto en número como en

Huayna Potosí (desde los barracones de Zongo).



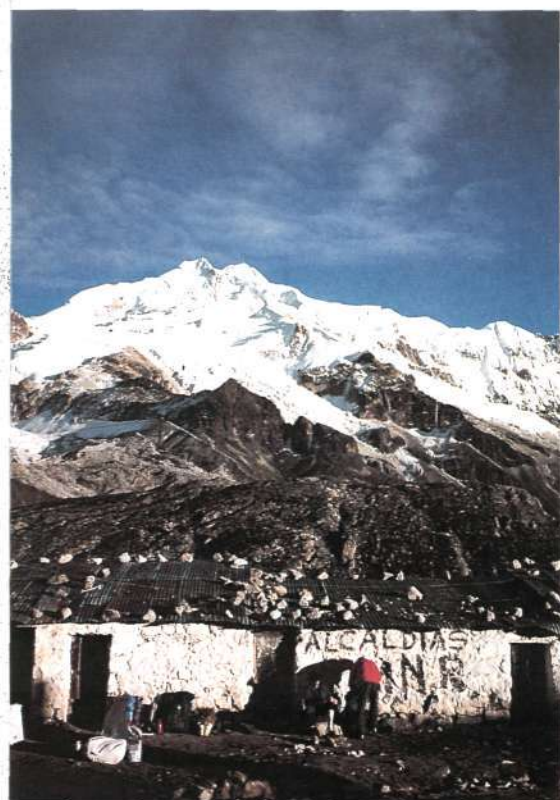
**Circo SE del Huayna Potosí
(desde el Campamento Argentino).**

características, nos indujo en ocasiones a formar dos cordadas, alcanzando en tres jornadas seis cotas: una torre del Cuchillar de Khunu (5.150), Cerro Austria (5.270), Pico Ilusión (5.250), Nevado Condoriri (5.300), Pequeño Alpamayo (5.350) y Gran Condoriri (5.700). Tomando como referencia las cimas que nosotros ascendimos lo más indicado es comenzar por el sencillo Pico Austria y concluir con la principal, el Gran Condoriri, descrito por Joaquín en otro artículo.

— **Cerro Austria:** Permite obtener una visión global del macizo y mejorar la aclimatación, sin utilizar ningún tipo de material. Como se encuentra al Oeste del lago Condoriri al dejar el campo base (4.650), ubicado en el extremo opuesto, bordearemos la orilla hacia el Norte, remontando una pronunciada ladera herbosa que nos sitúa bajo los escarpados murallones del Gran Condoriri. Continuando en dirección a poniente por una pedregosa vaguada, enlazamos con el nevero que da acceso al collado (5.080) (2,30). Tenemos entonces a la derecha (NE) las torres del Cuchillar de Khunu y a la izquierda (SO) el descompuesto circo septentrional del Cerro Austria (5.270) (3,30).

— **Pico Ilusión:** Posibilita iniciar la progresión en terreno glaciar, obteniendo una excepcional perspectiva del Pequeño Alpamayo. Desde el campo base (4.650) nos dirigimos (NE) a la laguna superior, avanzando entre morrenas hasta dar con la lengua del glaciar (4.750) (0,45). Remontando el caparazón de hielo inicial proseguimos por el centro de la superficie nevada y al superar la cota de los cincosmil dejamos la ruta del collado, desviándonos hacia la cumbre que tenemos a la derecha (SE). Pasando entre grandes grietas, una vez en la base superamos una fuerte pendiente (40°), generalmente helada, saliendo al collado septentrional. Dando un rodeo por el Este a la pirámide superior alcanzamos la pequeña torre rocosa que constituye el vértice del Pico Ilusión (5.250) (3,15).

— **Alpamayo Chico:** Es una artística cumbre, idónea como prólogo a la ascensión del Gran Condoriri. La aproximación es común a la del Pico Ilusión, prosiguiendo en este caso hasta el collado (5.200) (3,00) situado al Este del abrupto Wyoming, donde nos desviaremos a la derecha (E) alcanzando por un lomo helado la aguda cima del Nevado Condoriri (5.300) (3,30). Teniendo ya a la vista la impresionante meta, destrepamos un corto resalte rocoso, atravesamos una brecha, flanqueamos en sentido ascendente una torre de piedra y descendemos a





la amplia horcada (5.250) (4,00) que precede a la arista occidental de nuestra cumbre. Superaremos el tramo inicial por su flanco derecho. Es un empinado resalte (60°) de unos 20 metros, donde en esta ocasión apenas aflora el hielo. Tras colocar una clavija y dejar a la salida una estaca de aluminio, nos separamos de la arista, practicando una diagonal por la cara Norte hasta salir a la cresta oriental a unos pasos de la exigua y afilada cima del Alpamayo Chico (5.350) (5,00).

Huayna Potosí, el primer seismil

**«Gringo, ¿habláis ay-
mará en tu tierra?». «No.
El castellano y una lengua
propia que, como ocurre
aún con la vuestra, antes
no se enseñaba en la es-
cuela.»**

Nos acercaremos por la ruta de Chacaltaya, cogiendo en la bifurcación dirección Milluni. Un cementerio anuncia la proximidad de esta mina abandonada. Luego se cruza el Paso de Zongo (4.800), divisoria de la cordillera, alcanzando de inmediato las instala-

ciones de un embalse (4.700). La pista desciende hacia la selva, en tanto que nosotros instalamos en un barracón. Desde La Paz es un recorrido de 40 km. y dos horas escasas de viaje, de modo que con óptima aclimatación se podría incluso hacer cumbre en el día.

Con el sol naciente iluminando los glaciares del Huayna, atravesamos la presa y seguimos el muro de un canal hasta dar con el hito que indica el inicio de la ascensión. Una senda de grava nos conduce a una retenida de aguas; cruzamos el arroyo que la nutre y subimos a una morrena, avanzando por su lomo, pero antes de concluir nos desviamos a una ladera cubierta de bloques, saliendo a la orilla del glaciar (5.050) (1,45). Poco más arriba (5.100) se suele instalar un campo intermedio al socaire de unas rocas. Sucesivas palas de nieve de mediana inclinación llevan a una extensa plataforma situada bajo el circo SE. Estamos en el campo I, conocido como Campamento Argentino (5.500) (4,00).

Para dirigirse a la cumbre es preciso recorrer el extenso campo de nieve en dirección a la imponente cara SE y al llegar bajo los seracs girar a la derecha (NE), remontando la pendiente que conduce al paso obligado de la cresta SE. Es un muro (50°) de unos 15 metros con grieta en la base. Una vez en lo alto se asciende por el borde del circo, efectuando posteriormente un flanqueo ascendente (N) en busca de la arista NE que culmina en el vértice del Huayna Potosí (6.090) (4,30).

Nosotros no lograríamos pisar la cumbre. Bloqueados en Campamento Argentino por un temporal de nieve, hicimos un intento en compañía de otras seis personas. Abriendo huella en la nieve profunda llegamos al paso clave de la ascensión, el muro de hielo, superándolo sin contratiempos. Con gran esfuerzo, hundiéndonos en ocasiones hasta la cintura, continuamos ganando altura hasta la cota 5.900. En este punto, sintiéndonos imponentes para localizar entre la densa niebla la cresta de acceso a la cima, azotados por la gélida ventisca, optamos por retirarnos. Al día siguiente, habiendo permanecido tres jornadas a 5.500 metros y persiguiendo la inestabilidad, volvimos a abrir huella; esta vez en sentido descendente.

Illimani, cúspide de la Cordillera Real

**«Gringo, ¿hay oro allá
arriba?». «No; sólo nieve,
viento y frío.»**

Al dejar La Paz en lugar de dirigirnos a El Alto descendemos a la zona residencial (3.300), volviendo a encontrar barrios de casuchas cuando ganamos altura para salir de la urbe encajonada. Circulando ya por carretera sin asfaltar, tras pasar un puerto (4.200) descendemos a Palca. Luego seguimos un cañón con fantásticas formaciones de tierra y roca, situándonos por debajo de la cota de los tresmil metros. Sobre la marcha la vegetación se va tornando tropi-



**Vertiente occidental del Illimani Sur
(desde Nido de Cóndores).**

cal y observamos cómo algunas personas intentan sobrevivir buscando oro en los arroyos.

Si el cielo no estuviese encapotado iríamos contemplando la mole del Illimani. En los lugares elevados las blancas cunetas de la carretera nos recuerdan la nevada de la noche anterior. Atravesando poblados, vadeando torrenteras desprovistas de puentes y atravesando sierras, al cabo de tres horas dedicadas a recorrer 70 km. y superar en sucesivos altibajos unos dos mil metros de desnivel, finalizamos el viaje en Una (3.800). En esta diminuta aldea con casas de adobe nos esperan los arrieros avisados por radio para transportar el material a lomos de llamas.

Iniciamos la marcha por un camino tallado sobre un barranco que nos conduce en suave descenso al punto donde se separa del río el canal del pueblo. Entretanto el viento remueve las nubes apareciendo la silueta de una inmensa cresta nevada. Cruzando el curso de agua nos encaramos a la ladera donde se encuentran diseminados los caseríos de Pinaya. Algunos niños, sonriendo con gesto pedigüeño, salen a nuestro encuentro cuando pasamos por la senda que remonta la loma Inca Lacaya.

Superados los altos prados el surco de un torrente nos sitúa en un amplio llano, verde y húmedo. Estamos bajo la colosal muralla del Illimani, ahora completamente despejada, contemplando embelesados las cascadas de hielo de los atormentados glaciares que, vistos desde La Paz, parecían pulidos espejos. Pronto topamos con la pista minera que flanquea la ladera occidental. Siguiéndola hacia el Sur llegamos al vado de Puente Roto. Poco más adelante hay un espacio herboso, colgado sobre la quebrada, que se utiliza como campamento base (4.600).

Este lugar es accesible por otra ruta con vehículo todo terreno; no obstante, resulta más atractiva la breve travesía de tres horas partiendo de Una. Al atardecer varios cóndores sobrevuelan el lugar. En el fondo de un barranco se encuentra una llama herida que logrará sobrevivir. El accidente del camérido nos permite satisfacer la ilusión de



**Cara Oeste del Illimani Sur
(desde Nido de Cóndores).**

admirar en pleno vuelo al dios soberano de los Andes.

Las tiendas amanecen cubiertas de escarcha. Al llegar los porteadores reemprendemos la marcha, elevándonos pausadamente por la senda que va remontando una sucesión de morrenas. Después superamos un paso entre rocas para alcanzar por una empinada gravera la depresión (5.100) del contrafuerte occidental que constituye la ruta inequívoca de acceso a la cumbre.

Remontando un espolón por pedreras inestables daremos con la ancha cresta cubierta de losas sueltas. Pese a la inseguridad del terreno supone un gran deleite progresar entre dos ríos de hielo. Arriba se estrecha la arista y es preciso trepar por un resalte para llegar al rellano situado en el límite del glaciar, donde se instala sobre la nieve el campo I (5.600) (3,30).

A partir de este emplazamiento sin riesgo de aludes denominado con acierto Nido de Cóndores, el contrafuerte occidental deja de ser rocoso, convirtiéndose en aguda y empinada arista de nieve. Mientras subíamos ha vuelto a empeorar el tiempo, privándonos del paisaje, desatando los vientos y obligándonos a buscar refugio en las tiendas. Durante la noche estalla una espectacular tormenta eléctrica, provocando una intensa nevada. Al volver nos enteraríamos de que blanqueó incluso las calles de La Paz.

A las 4 de la madrugada ocurre un prodigio: el cielo aparece estrellado y en la cumbre sólo hay una ligera bruma. Dentro de las tiendas tenemos una temperatura inferior a -10° ; todo el material aparece tapizado de hielo. Tras realizar con persimonia el ritual de equiparnos para soportar un intenso frío, a las 5,30 empezamos a caminar a la luz de las frontales, junto con tres cordadas de ve-

teranos austríacos. A lo lejos parpadea La Paz.

Sonámbulos y con los miembros anquilosados nos enfrentamos a la arista inicial. A uno y otro lado, oculto en las tinieblas, abre sus fauces el glaciar. El amanecer nos encuentra en una plataforma, junto a la descomunal grieta que rompe la continuidad de la cresta (5.900) (1,30). Después de atravesarla volvemos a encaramarnos en el filo de la arista. La nieve es firme, sobre todo en los tramos de hasta 50° . Rodeando grandes grietas y remontando sucesivos resaltes de nieve dura y hielo, donde es preciso asegurar, salimos a un amplio rellano situado en la base de la cara Oeste (6.100) (3,00).

Ahora la nieve se torna blanda y profunda. El viento sopla con fuerza y, aunque ya asoma el sol por el collado que divide la montaña en dos, el termómetro no logra superar los 15 grados bajo cero. Abriendo huella en zigzag nos vamos aproximando a la grieta que constituye el paso clave de la ascensión. El guía, Bernardo Guarachi, que encabeza una de las cordadas austríacas, demostrará su capacidad pasando con soltura la grieta y superando una pared de hielo para colocar 30 metros más arriba la cuerda fija que los demás utilizaremos como seguro (6.200) (4,00).

Más arriba el hielo es sustituido por una densa capa de nieve polvo donde la huella se cierra como las aguas de un río. Las ráfagas de viento nos hacen tambaearnos y la escasa ración de oxígeno que reciben nuestros pulmones obliga a realizar frecuentes paradas. Pero los obstáculos están superados; alcanzar la meta es sólo cuestión de tiempo. La pendiente se suaviza, el campo de nieve se ensancha y por fin nos asomamos al eje del cresterío (6.400) (6,00).

Estamos al pie de la pirámide cimera. Superando una corta pala de nieve y recorriendo una breve arista hollamos el punto culminante del Illimani Sur (6.460) (6,30) (7,30 incluyendo descansos prolongados), cuyo nombre significa en lengua ay-

mará «nuevo amanecer». Desde esta altiva cima se domina una amplia extensión de la Cordillera Real y sobre el altiplano emerge lejano el cono nevado del volcán Sajama (6.548), techo de Bolivia.

Descolgándonos por la cuerda fija de la pared de hielo, deteniéndonos a asegurar en los pasos expuestos y abriendo nueva huella en los tramos de nieve profunda barridos por el viento, en tres horas volvimos a Nido de Cóndores. Lo ideal habría sido llegar en la jornada al campo base pero quedaba el tiempo justo para bajar con luz y, como la tormenta nocturna había cubierto de nieve las pulidas losas del espolón, decidimos quedarnos para contemplar el crepúsculo del 4 de julio de 1989 sobre el lago Titicaca.

Al día siguiente recogemos las tiendas con intenso frío y sin esperar a que asome el sol nos lanzamos cresta abajo, tomando precauciones en los pasajes helados. Hay quien destrepa por las rocas con crampones y piolet. Pese al mal estado del terreno en menos de dos horas estamos en el campo base, secando las tiendas al sol mientras desayunamos. Regresar a Una es un agradable paseo. Otro ajetreado viaje y al caer la tarde vuelve a rodearnos el insorportable bullicio de La Paz.

Illampu-Ancohumá, visita de cortesía

**«¿Era viejo el difunto?».
«Sí; pasaba ya de los 40.»**

Habiendo ascendido al gigante meridional de la Cordillera Real, no podíamos despedirnos sin contemplar al menos a los cíclopes del Norte. Así, pues, de La Paz vamos a Huarina, a orillas del Titicaca, don-

**Picos del Indio y del Norte
(desde las proximidades de la
cima del Illimani Sur).**





Fotos del autor.

Llegando a la cumbre del Illimani Sur.

de iniciamos la penetración hacia las montañas. Pasando por Achacachi alcanzamos un alto sobre el altiplano (4.200), contemplando el Illampu y Ancochuma en todo su esplendor antes de emprender el descenso al profundo valle de Sorata. Sin llegar abajo nos desviamos a Millipaya (3.500), última aldea en un recorrido de tres horas.

Una pista por donde sólo transitan vehículos todoterreno se eleva por la ladera occidental de la cordillera hasta las inmediaciones de Mina Susana (4.200), convertida en depósito de chatarra. De este lugar parte una senda que flanquea la sierra hacia el Norte, efectuando frecuentes subidas y bajadas al adaptarse a los pliegues del terreno. Tras superar una ladera herbosa que culmina en morrena, descendemos a una vaguada surcada por un torrente. Como el tiempo no da para más, instalamos aquí el campo base (4.500) (2,00).

Desde este punto, situado bajo los desplomes de la muralla occidental y las lenguas de hielo que asoman por sus corredores, se puede acceder a la vertiente Sur del macizo. Nosotros hicimos un reconocimiento de la zona, remontando un pedregoso valle hasta alcanzar el borde del glaciar meridional en la cota 5.100. No es una ruta idónea para dirigirse al Ancochuma, defendido por imponentes cascadas de seracs, pero existen otras cumbres relevantes en torno a los seis mil metros.

Continuando del campo base en dirección Norte el terreno resulta cada vez más caótico. En las inmediaciones del glaciar occidental del Illampu, próximo a su morrena izquierda, hay otro emplazamiento de acampada (4.700) distante dos horas escasas del anterior. Subiendo desde este paraje rumbo al Este en menos de una hora alcanzamos un lago helado (5.000) alimentado por una descomunal lengua glaciar. Es un rincón bello y salvaje con soberbias vistas

sobre la escalofriante cara Sur del Illampu. Por aquí se puede enlazar con la vía normal del Ancochuma, proveniente de Cooco, localidad situada encima de la selva, en la vertiente oriental.

Apuntes finales

En nuestro programa figuraba también el Sajama, pero ninguna de las agencias con-

sultadas se comprometió a organizarnos el viaje. Intentarlo por nuestra cuenta suponía arriesgarse a perder el avión de retorno. Tanteando como alternativa el sector Illampu-Ancochuma, tampoco encontramos un transporte adecuado para desplazarnos a la vertiente de la selva, lugar de acceso a las rutas normales. La opción final sería acercarnos por la ladera del altiplano, poco frecuentada, carente de porteadores de altura y muy distante de los itinerarios habituales.

El orden establecido al relatar las actividades realizadas ha sido modificado en base a la experiencia adquirida con el fin de orientarlo en dos direcciones: aclimatación progresiva situando la cota máxima en el Illimani e incremento del nivel técnico hasta alcanzar el del Gran Condoriri.

Nuestra estancia en Bolivia, un mes a partir del 15 de junio, corresponde a la época seca y fría, comprendida entre mayo y octubre. Sorprendentemente hemos topado con frecuentes nevadas y aunque han alterado el curso de las ascensiones no lo lamentamos; otros grupos que nos precedieron no pudieron estrenarse por exceso de hielo.

Para realizar la aproximación a las cumbres y trasladar el material hasta los campamentos, generalmente contratamos los servicios de transporte y porteo de Expediciones Guaranchi: Plaza Alonso de Mendoza, Edificio Sta. Anita, piso 3.º, local 314, La Paz.

Componentes del grupo

Alfredo Urones, Joaquín Guridi, Juan Mari González y Luis Alejos.

